Alegoria

Recesvinto Casero, afortunado ilustrador del Quijote, a quien conocen nuestros lectores y los que no lo son, siguiendo el hilo de sus inspiraciones ha venido a dar respuesta a la invitación que se hizo a nuestros artistas en la contraportada segunda del fascículo 39, para que hicieran una vista de Alcázar que sirviera para siempre de escudo o emblema, claro e indudable de la Villa, para distinguirla a mil leguas.

No ha resultado el emblema pero sí una alegoría inspirada y certera en la que las caracteristicas de Alcázar no ofrecen dudas y Sancho, como cualquier alcazareño, haciendo humilladero del campo raso de La Serna, da gracias a Dios de verse ante su pueblo despues de las fatigas de todo camino y al borrico no le falta más que retozar, porque rebuznar ya lo hace, para expresar su alegría al recibir el aire que le trae al olfato el olor de su aposento.

Campos de panochas en flor

Desde hace unos años se ven, aún en las zonas más resecas de La Mancha, estas plantaciones de girasoles que dan variedad de matices verde - amarillentos a los paisajes.

Atraídos por la frondosidad de uno de ellos en el camino de Alcaráz, se introdujeron éstos jóvenes entre las panochas florecidas una mañana clara pero fresca, como se estila en el terreno.

Las piñas, escalofriadas por el relente, esperan la caricia del sol y le van buscando desde por la mañana temprano, como se ve en la posición de las tortas, por las sombras y por el aire solano que llega en esa dirección y las cimbrea fortaleciendo sus cañas.

La chica, como las cañas de los girasoles, se ve azotada por el fino solanillo y, ceñida pero firme, mira al sol naciente confiada en el florecimiento fecundo de risueño porvenir.

Divino tesoro el de las apretadas piñas en granazón.

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA
Apuntes para un estudio médico - topográfico de la Comarca
POR
RAFAEL MAZUECOS

Diciembre de 1977 — PUBLICACIONES DE LA FUNDACION MAZUECOS ALCAZAR DE SAN JUAN — Fascículo XLII

INDICE

Portada
Alegoría
Contraportada 1.ª
Campos de panocha en flor
Contraportada 2.ª
Luis Carabina
Pagina 1
Disculpa
Página 2
La Escuela del Pasaje
Página 5
Marcelo Redondo
Página 7
El pozo de las aguas
Página 10
Florilegio alcazareño
Página 15
Se anima la Pascua
Página 21
El Chimeneón
Página 26
La Juliana de Pinta Frailes
Página 27
Pedro Arias y Heliodoro Sánchez
Página 28
El Arco de la Plaza
Página 29
Escuela de D. Demetrio
Página 31
Pobreza y riqueza
Página 34
Aportación inesperada
Página 35
Las Cabañuelas o tiempo probable
Página 37
Los quintos y la Pascua
Página 39
Remache
Página 40
Sucedido

Disculpa

Impensadamente se han ido acumulando trabajos para el libro XLII que no se pueden dejar para incorporarlos a los otros de más fondo que se tienen en preparación y que necesitan más tiempo y elaboración prolongada, es decir, un cierto grado de crianza como el buen vino.

Por esa causa se decide la publicación inmediata del fascículo XLII, que estimule el interés y la curiosidad de los lectores para que nos aporten sus iniciativas y muchas de las cosas que tienen guardadas y olvidadas que pueden servir para hacer la urdimbre del entramado que se tiene sobre el telar para tejer la historia del lugar.

Discúlpensenos estos aceleramientos que no eran imprescindibles ni mucho menos, pero que se afrontan con el afán de dar cima cuanto antes al conocimiento general de nuestro vivir por si da tiempo a engranarlo en la ordenación sistemática y demostrativa que se quisiera poder realizar.

Perdónesenos en gracia a la buena voluntad.

La Escuela del Pasaje

Satisfacción y grande lo es para mí dar noticia de esta extraña escuela, original y eficiente, a la que debo que mis hijos pudieran hacer los primeros cursos del grado de bachiller sin salir del pueblo cuando no podía mandarlos a ninguna parte.

El creador de dicha escuela lo fue Pepe López, el de la Covadonga, al que vemos en la fotografía rodeado de sus alumnos, maestro de condiciones nativas y de formación sólida pero sin ninguna titulación, al que recuerdo siempre con especial simpatía.

Tenía una cultura fundamental y clásica aprendida de los alemanes, a marcha martillo, durante todo el bachiller alemán, que le pemitía discurrir con firmeza en todos los aspectos del saber. Lo demás era fantasía deslumbrante y lógica pero que se dispersaba como el humo sin dejar ni rastro ni determinar consecuencias, lo contrario de lo que aprendió en el colegio alemán que todo era firme, duradero y utilizable. Por eso pudo él pasarse la vida abriendo caminos bellísimos que no iban a ninguna parte y se perdía el rastro a los pocos pasos de iniciados. ¡Que lástimal, pues su verdadera misión era la de maestro y siempre hablaba pedagógicamente, enseñando, hasta con sus actitudes, correctas, finas, distinguidas Su misma indumentaria vulgar poco cuidada, tomaba en él rasgos de originalidad y causaba admiración impregnada por su espíritu caballeroso y ancestral.

De continuar en la escuela que le formó hubiera sido un gran maestro, profesor de la disciplina que hubiera elegido, porque la cátedra era su inclinación natural y su desorientada vida la pasó predicando, pastor sin ganado que no acertó a formar, pero no arrió la bandera de la predicación, presbítero no ordenado pero actuante por sentimiento, seguro de que para enseñar solo hace falta saber, sentir y entregarse con voluntad. Su silueta solitaria se recortaba en el horizonte con perfiles inconfundibles con cualquier habito que se cubriera.

En la escuela era un chico más y planeaba las enseñanzas prácticas en excursiones o actos escolares con la misma alegría que los chicos, haciendoles patente la utilidad sin esfuerzo, como juego mas que como trabajo, aunque a veces se mataban a trabajar, pero divirtiendose e ilusionados con los conocimientos que adquirían o los efectos que contemplaban . Era incansable entonces, aunque en ninguna circunstancia denotaba alteración por principio educativo, siempre dominado, comedido, honesto en la expresión y en el ademán, que no humillaba aunque inesperadamente soltara un caudal de conocimientos en apoyo de cualquier motivo de conversación.

Vivía en el mejor de los mundos que era el de su propio pensamiento, sin quejas ni duelos que cubría como el ermitaño con el manto de la mas serena conformidad.

Aquí le vemos con los chicos de su escuela. Su mirada instrospectiva es bastante clara y demostrativa de las olas encontradas de su propio pensamiento que le acompañaron hasta la tumba hace pocos años. Pobre Pepe. Fue un alma noble, un espíritu aristocrático, legendario, generoso de sus caudales morales y de los materiales que no tenía,pero si su riqueza de la infancia no hubiera cambiado, él hubiera dado fin de ella en obras de completa ejemplaridad.

Pepe engordó y creció después de lo de la escuela, poniéndose casi como su padre, pero no cambió su estructura mental ni su actitud ante la vida y resultaba mas airosa su figura, si cabe, con la robustez, dada su desenvoltura digna y su comedida libertad de brazos menejando la capa que llevaba como manto caballeresco de decoro mas que como prenda de abrigo, pues era inmutable ante la acción de los agentes exteriores que parecían no afectarle o no estimar propio de señor adolecerse de ellos siendo tan naturales y sabidos el frío como el calor.

No se sabe si el mundo le admiraba o le compadecia, pero nadie se atrevía a reirse, porque él acudía solícito y finamente cortés a cualquier obra generosa y de momento, con una eficacia innegable, viéndole unas posibilidades fabulosas y con un planteamiento seguro, enraizando cada problema en la trama de sus conocimientos y presentándole como un brillante tallado de mano maestra que deja a los observadores deslumbrados y con la boca abierta, sorprendidos, sin atreverse a replicar en ningún sentido y sumidos en un mar de dudas, porque todo aquello tan desconocido, tan hermoso y tan transcendental, podía ser verdad.

El que se pusiera a ordenar el archivo del Ayuntamiento fue de lo más demostrativo y de lo más ambicioso para sumir en ello su mente esclarecida, silenciosa y cubierta de polvo como arpa Becqueriana, para salir a los muchos días y noches con una cantidad de datos tan seductores que a nadie ofrecían duda de su valor y que se estaba en camino de llegar a los mas ricos veneros de la historia patria, con la lectura de documentos ilegibles y hallazgo de los pergaminos más rancios que, en virtud de los conocimientos que él tenía de otros mas pasados, cuarteados y quebradizos de los archivos tradicionales, podía ser que se descubrieran y probaran infinidad de hechos que nos cubrieran de gloria y nos convirtieran en la admiración del mundo. Ahora que era menester continuar, entibar la mina y aventurarse por las galerías milenarias llenas de misterio y peligros hasta verles el fin, alguna de las cuales revoloteaba por las mentes populares como saliendo de Santa María, sabe Dios hacia donde y a que lugares de tragedias subterráneas. Se le escuchaba en silencio y con respeto, atendiendo preocupadamente sus asertos. Nadie podía replicar ni menos contradecir, porque todo podía ser y su figura, como único poseedor de la verdad, tomaba el aire de sacerdote oficiante; anunciador generoso de las mayores venturas y de la posibilidad de la salvación.

Nada de esto le reportaba el menor provecho personal y después de una conversación en cualquier esquina, se le veía marchar calle adelante con el aire legendario que dan siempre los sueños románticos que inflan como globos las almas poseídas por la ilusión.

Los muchachos que rodean a Don José, formando cuatro filas; son de arriba abajo y de izquierda a derecha, los siguientes:

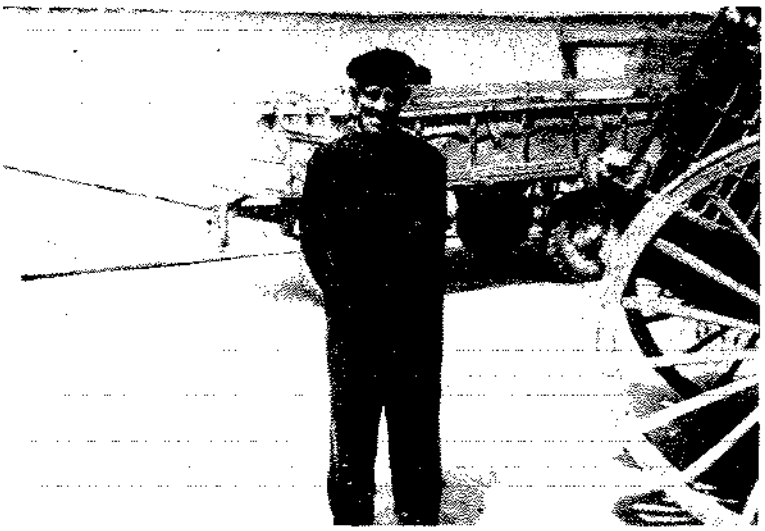
1ª fila: José Ramírez Moraleda. Creo que por los apellidos hijo de Pepe y de la Aurelia, el que regentó durante muchos años el herradero de García de Mateos, que era el de Moraleda. Rafael Mazuecos el hijo de Rufao, Manuel Carrascosa, Manolo Comino, el practicante actual, Luis González, uno de los de Don Alvaro, Rodrigo Carreño, hermano de la Emelina, fallecido hace poco, Vicente Córdoba, Roberto Mazuecos, Vicente Martínez Ramos y José Torrego, el de Apolinar el de las vacas.

2.ª fila: Alfonso Martínez, el joyero actual, Lope Román Guillén, Paco Barco, el de Lope, Juan Antonio Martínez, Eusebio Vaquero, uno de los de Miguel el de Antonio el Zapatero de la Plaza del Progreso, Gabriel Ruiz Aranda, el hijo de Emiliano de Gabriel Mata, Argelio Ortega, el hijo de Ignacio el Carnicero, Mauricio Martínez, el de Mauricio, Higinio Sarrión y Pablo Gómez Manso, el del herenciano.

3.ª fila: Victoriano Comino, Cristóbal López "el Chápiro", Aurelio Hervas, el del banco, Vicente Abengózar, el del Ayuntamiento, Manuel Pastrana uno del parque que se murió, Vicente Romero, el hijo de Marianete, Juan Guzmán Alarcos, el hijo de Juan el carnicero, Antonio el del Tornero, Antonio Lizano "Alicate", Santiago Mazuecos Lizcano el hijo de la Ignacia la Lizcana, hermana de Anacleto, al cual debemos esta relación de alumnos y el estímulo para dedicar este recuerdo tan sincero al inolvidable Pepe López y su escuela.

4ª fila: Rosario y Pablo Sánchez-Mateos Mínguez, nietos de Bernardo el cartero, de su hijo el Moreno, Mariano Jesús Carrascosa, el de la Antonia Olivares, la Malaca, Polín Tornero, Paco y Miguel Martínez, otros dos de los de Mauricio, Oliverio González, Josefita y Aurora Mazuecos, Joaquín Carrascosa y Argimiro Martínez Ramos.

Marcelo Redondo



Al leer los comentarios que tiene dedicados en esta obra, muchos se habrán preguntado:

¿Quien será y como será ese hombre para que Rufao hable tanto de él?

Pues ahí está casualmente, cuando nadie podía figurarse que existiera un retrato suyo.

Es él pero en traje y en actitud de jubilado, que no le cuadra mucho, con aire de aburrido, paralizado y con la sangre estancada, como los apuntaladores de esquinas para que no se caigan, aunque tiene un rasponazo en los pantalones y salpicones en la blusa de estar enredando. Su actitud, su aire no es la del hombre que esté parado por alguna circunstancia, sino la del que no tiene nada que hacer, que es lo peor del mundo y da vueltas al corral con su aburrimiento. Noventa años, pocas palabras de nunca, pero sin que falten las precisas. Mientras funcionó no necesitó tomar adormideras porque para dormir bien, lo mejor es una buena ración de cansancio. Ni menjurjes para abrir las ganas porque no hay trabajador que no las tenga siempre hechas.

Siempre fue respetuoso y se hizo respetar. No aceptó bromas ni le gustó darlas. No se recuerda que tropezara nunca en el poyo de las puertas de los bares al entrar, en lo cual no está solo porque yo conozco otro.

El ambiente del corral es de gañán rico. Está al lado del carro, que es lo suyo y de espaldas al remolque que es lo extraño. El caldero del ajo colgado de un clavo en la pared para que no se olvide. Las albardillas nuevas y la pared enlucida, indicando un cuidado que no le corresponde al hombre que rotura, sino al que cosecha, aunque la soga vaya siempre detrás del caldero.

Muchas personas han desfilado por estas páginas pero ninguna con mas derecho que el que entregó su vida durante noventa años —entonces se trabajaba afortunadamente, desde que se tenía uno de pie, lo sé

muy bien— en una labor continua y esforzada, sin noche ni día, como la que necesita nuestra tierra para producir algo.

Muchas veces la vanidad que pueda tener para el médico acertar en sus juicios, queda neutralizada por el pesar de verlos confirmados cuando en ello le va su propio sentimiento, que es lo que le hace escéptico. Y eso me pasa a mí con Marcelo, al que creo que no he visto desde que se casó, lo que no ha impedido aplaudirle y prevenirle de los peligros que le amenazaban al pararse, como le pasó a Pinto; ya que el parar, para el hombre de afanes, es empezar a morirse. El fenómeno se ha producido antes y con antes. A los pocos meses de quedarse quieto, me dice la Angela la Bruneta que Marcelo iba con los alpargates en chancla por no poder entrárselos de hinchados que llevaba los pies y parándose en los poyos de todas las puertas. No hace falta saber mas. Un buen día le entierran a uno pero se viene muriendo tiempo ha y lo está de hecho desde que se incapacita, razón por la que es recomendable no doblegarse hasta morir.

Pataleé mucho la calle de la Luna, que es la suya; de día y de noche. Le ví hablar con la novia y le tuve que apartar para entrar en la casa que era la del chato Pellás, Jacinto Comino. La acera entera, hasta llegar a la casa del Zorruno, era de los Pellases, cuyo padre les hizo casa a todos allí, que era el campo y empezó a formarse la calle en la que vivieron todos, hasta Cachile, menos la Ruperta y Manuel que se fueron al Arenal.

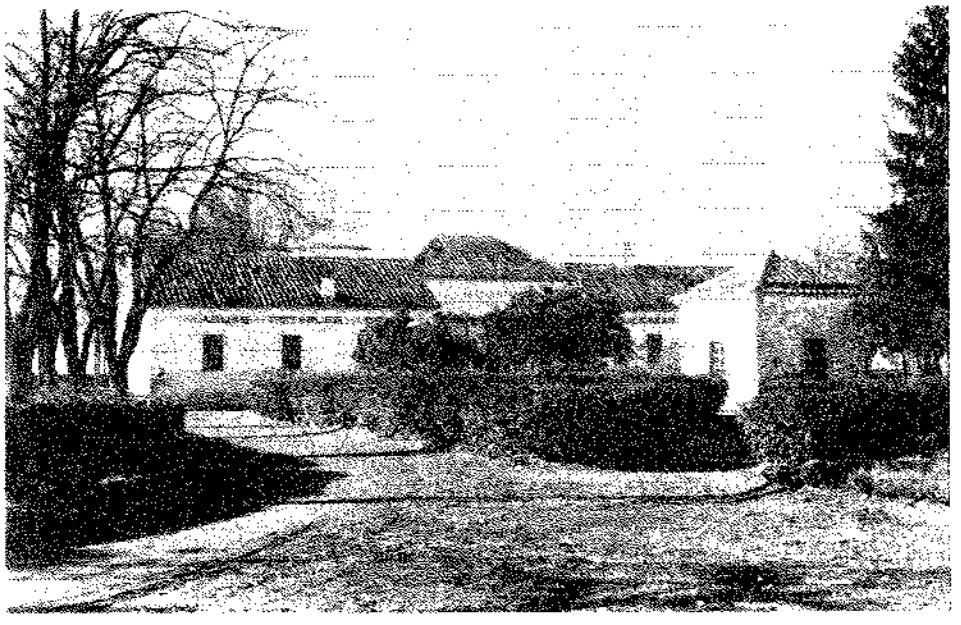
Siento dedicarle este recuerdo a Marcelo por si le entristece más, pero lo hago con gusto por si acaso no me da tiempo luego por haber ido delante, pues es de necesidad educativa que se resalte siempre el ejemplo de todo hombre trabajador, de los que no buscaron trabajo, sino que lo crearon con el suyo propio para sí mismo y para los demás, de los que hicieron capital con su esfuerzo y su economía, como lo puede hacer cualquiera sin molestar al vecino ni menos estorbarle, de los que dominados por la obligación no oyeron más músicas que el canto de las pajarillas al amanecer y el de los grillos con el sol puesto sin haberse quitado de la besana mas que para hacer el ajo y todo ello bien contentos, como Julián Borrego, que no paraba de cantar en todo el día detrás de la yunta y siempre tuvo que desuncir y enganchar alumbrándose con el farol, hombres de una austeridad espartana, que parecían formar parte de la tierra que trabajaban, como las hitas y que jamás le hicieron remilgos al tiempo, ni por frío ni por caluroso porque para trabajar siempre hace bueno, cuando no en una cosa en otra.

Por cierto que la muerte de Julián fue bien aleccionadora al respecto de los inconvenientes de abandonarse las personas. Julián, con una salud de hierro y más fuerza que un toro, se dejó de arrullar por la Pájara y el son de los cuartejos reunidos en una vida de ininterrumpido batallar y en nada de tiempo le englobaron los alifafes de la vejez y se lo llevaron a Chaleco, con gran sorpresa de todos los que le conocieron, que les parecía imposible.

Marcelo no está en el caso de Julián, son otros los achaques, pero el resultado será el mismo porque a los cien años todos calvos.

El pozo de las aguas

Es, como sabe todo el mundo y consta ampliamente en nuestros primeros libros, una de las obras más importantes con que Alcázar se adelantó, por su cuenta, sin ayudas de nadie, a casi todos los pueblos de España y a muchas capitales en su saneamiento.



Fachada del pozo de las aguas, la gran obra alcazareña, no porque sea desmesurado el edificio, sino por lo que guarda, por la época en que se hizo y por las circunstancias en que se realizó.

Hoy mismo no hay en toda La Mancha nada que le iguale aunque haya muchos a los que sirvió de modelo y de estímulo para cubrir las necesidades de los pueblos, pero con diferente fisonomía. Fue la primera captación de aguas que se hizo en condiciones de salubridad y las obras repetidas en toda la comarca acabaron casi totalmente con las famosas calenturas que eran endémicas por aquí como por todo el país.

El pozo no era el agujero solamente, aún siendo un señor agujero, sino las cuatro fanegas que le rodeaban por todas partes, plantadas de árboles y cuidadas. Y era, sobre todo, la cordialidad de las personas que vivieron al cuidado de la instalación y de su funcionamiento.

Todo contribuyó a que fuera frecuentísima la llegada de personas que aprovechaban cualquier vaga en sus obligaciones para pasar el día en el campo y comer bien. Son incontables las comilonas celebradas allí y aún sin ellas, las visitas de mera curiosidad para conocer la magna obra eran diarias y múltiples.

Durante sesenta años, que si no son tantos no le faltarán muchos, el recuerdo del pozo era inseparable de José María Pradillo Tejado, su ma-

quinista y de la Benita Lara, su mujer, persona de mucho conocimiento y discretísima que sabe guardar las distancias y pareciendo que se halla en el otro mundo está detrás de la puerta. Igual que la Primitiva que tampoco hay que comérsela de vista.

José María llamaba la atención y se le distingula de golpe, aún por los visitantes menos asiduos, por la coloreada flor que le sirve de antojera en el lado izquierdo, angioma congénito debido a un antojo de su madre, la Calavera de la placeta de las Almireces, según opinión general de las mujeres que son las que entienden y lo saben de cierto.

José María Pradillo Tejado.
El hombre del pozo de las aguas,
El que te recibía a la llegada
con la risa de sus labios
y con la flor de su cara;
signos de paz y de confianza.

En estas visitas y en estas meriendas se hicieron muchas fotografías y ahora, gracias al amor con que las guarda José María, podemos reproducir estas cuatro, porque otras, que también tiene, se han deteriorado en demasía para reproducirlas. José María vivía en el pozo como Calalo en la Deseada, como si hubiera sido suyo, sin apetecerle para nada venir al pueblo en todo el año ni apartarse de su obligación a ninguna hora del día o de la noche, aún en los días de mayor fiesta. Las personas cumplidoras acostumbradas a responder siempre en su obligación, saben lo que esto significa y aprecian como se debe a quienes lo han cumplido toda la vida llanamente, sin alardes ni queja alguna.

En esta fotografía, hecha contra la torre de carga, figuran José María Huertas, el relojero, el Gallo, Ignacio Villarejo (Gaona), con un gesto muy familiar, porque todos sus tíos, los hijos de la tía Balbina, solían encoger un poco el ojo y arrugar la cara del mismo lado si se esforzaban al hablar o recargaban la intención. Le siguen Angel Zarca, José María Pradillo, Peinado el jugador, el chico de Zarca y Vicente Jiménez el primo de Heliodoro.

José María nació el año 1.905, el 11 de Octubre, año memorable en Alcázar por lo del centenario del Quijote, fecha adecuada para iniciar obras grandes y cuajarse hombres de temple en la obligación ilusionada.

Entró en las aguas el 1.917 y fue al pozo hasta 1.922 con Antonio Re-

riquillo, Ignacio Pichirichi y Francisco Meco, el barrero, que ya se supone lo que quiere decir, que era de los alfareros de la calle de la Virgen y que se casó con otra de enfrente, la Paula de Tranquillón, hermana del Angel Avilés. Vino a la máquina de la carretera, con Miguel Belmonte, Daniel Ortega, el de en medio de los carniceros de la calle Trinidad y Timoteo el de la luz, cuando estaban las Oficinas en casa de la Osa, en Santa Quiteria, de donde fueron a casa de Pantoja y luego a la caseja de Ortiz en la calle de la Marina, donde Pepe el del tío Laureano llevaba la batuta, hasta el punto que se quedó con el nombre de Pepe el de las Aguas, cuando estaban de escribientes Baseró, Reguero el padre y Joaquín Lilas, época de la gerencia de Don Eugenio Domínguez.

Aquí están de izquierda a derecha Pitos, Samuel Villacañas y el chofer de nuestro General Galera que estaba ese día en el pozo aunque no saliera en la fotografía, Antonio Pinardo, Alejandro Chocano el de Justete, Pradillo-Miguel López el de José Antonio el del Andaluz, Rivas y José María Justo, el hijo del de la diaria.

Volvió al pozo José María el año 1.930 hasta su jubilación en Septiembre de 1.975, sin el menor percance en todo ese tiempo y, naturalmente, sin haberse apartado ni un día de su obligación y durmiendo con el oido atento al acompasado son de los motores, como los gañanes desde el camastro a los movimientos de los mulas.

Como en todo, aquí también la guerra jugó su papel y al ser movilizados los hombres, Villarejo que no solía atascar decidió que se hicieran cargo del pozo las mujeres y lo hicieron la Benita de José María y la de Bautista el Rito que era el jardinero. Fueron enseñadas por Miguel Belmonte y desempeñaron las funciones durante catorce meses, hasta que a José María lo reclamaron desde Ciudad Real. Fue una actuación muy varonil y certera de estas mujeres que favoreció mucho la vida en la localidad. Cosa que aunque merezca algo más por lo que representó para el pacífico vecindario, por lo menos debe hacerse constar y agradecerlo.

Los de esta cuarta fotografía son Pablo el Rulo, Pablo Román Botija, Bautista Tajuelo, el Rito, Vicente Jiménez, el Jaro Chichín, Jesús Melitón el albañil, el máquinista Pradillo un hijo de Pablo el Rulo, Francisco el Gallo cuñado de Pradillo. Mezquina y Eulampio, hijo también de Pablo el Rulo.

Florilegio alcazareño

No creo que en el mundo haya una satisfacción mayor que la de crear y criar y algo de creación tiene el ver difundidos y compartidos los propios sentimientos y que brotan a distancia como las plantas frondosas que ahijan y proliferan poblando la montaña, porque la tierra se continua y las plantas arraigan y progresan aunque no lo parezca y de cuando en cuando surge un brote vigoroso donde parecía que la tierra estaba seca.

No son pocos los reencuentros que Alcázar ha tenido con sus hijos merced a esta siembra, aunque como pasa siempre en la naturaleza, la semilla haya de ser abundante y la germinación escasa por infinidad de circunstancias.

Ahora ha surgido de pronto, pero evidentemente con larga elaboración, esta colección de estampas alcazareñas que revelan, aparte de las cualidades del artista, un sentimiento profundo de la tierra natal lejana, sin que importe a qué distancia, un deleite mental contemplativo y una añoranza permanente del propio solar y de todo lo que la vida le fue poniendo entre los pies.

Este alcazareño y prestigioso dibujante es Gabriel Ruiz Aranda, aunque él se firma «Mata» con toda propiedad por ser nieto de "Gabriel Mata" e hijo de Emiliano, el mayor de este. Y por otra razón más natural y ennoblecedora, porque todo el mundo se lo dice y nada mejor que llevar como apodo sin serlo, pero con todas las cualidades de claridad, cordialidad y llaneza y como firma artística, el apellido, no precisamente de Gabriel, sino de su mujer, Dionisia Mata, cuya personalidad fue tan relevante y tan influyente que dió nombre a toda la familia, empezando por el hombre, Gabriel Ruiz Morollón, molinero en su juventud que al casarse con la Dionisia cambió de todo, hasta de apellido y pusieron la tabernilla que fue otra de las que quedaron en la calle de la estación al cambiarse al paseo la puerta de entrada a la misma, en los tiempos que Gabriel hizo la gran manzana de casas que ocuparon media calle entre él y Cristobal. El caso de la Dionisia es otro de los muchos casos notables de mujeres alcazareñas que se vienen comentando.

Hay además en este caso y de sobra evidente en cada dibujo, una marcada influencia de los usos y costumbres que han rodeado al artista durante largos años y deforman los recuerdos alterando las figuras genuinamente alcazareñas, que son, por otra parte, regocijado motivo de ocupación y entretenimiento al rememorarlos y abocetarlos con el solo recuerdo de haberlas visto mientras se jugaba correteando por las calles.

Recibimos estos trabajos con especial satisfacción, reconociendo y respetando, no solo la libre iniciativa del autor, sino también sus gustos y motivos artísticos de su inspiración, pero no se puede omitir el comentario que nos ponga de acuerdo con los observadores que todo lo tienen presente y que no deben olvidar que son dibujos y no retratos, que no

necesitan la fidelidad representativa y cuyas diferencias con la realidad pueden suponer su mejor interpretación, pues modernamente se prescinde hasta de la figura y se pinta un ojo con cuatro garabatos o se forma una madeja de telarañas diciendo que aquello es el alma o la alambicada expresión del sentir actual, pero cuando a la obra realizada se le pone un nombre, no se la puede desfigurar porque es lo primero que ven todos. Cosa muy diferente es cuando la figura es un símbolo que se mira mas el motivo que la representación y el artista puede fantasear a sus anchas hasta dar con el quid de la idea que quiere representar, la vejez, la alegría, la primavera etc, pero fulano no puede ser mas que fulano con todo lo que lleve dentro o lo que le falte, pero, eso sí, se puede dar a entender o caricaturizarlo como mis propias narices.

No hay que olvidar tampoco que no estamos en una escuela de arte, sino en un pueblo donde hay muchos todavía que han convivido con los pintados y los recuerdan con pelos y señales del cuerpo y del alma por lo cual habrá de perdonar nuestro querido Gabriel que se medie entre su propia concepción y la realidad para que los lectores no se encuentren sorprendidos ante la discrepancia formal.

Y veamos los ejemplos de estas personas que se han comentado tantas veces a lo largo de la presente obra aunque sin poder acompañarlas de fotografías, pero teniéndolas grabadas a fuego en el propio pensamiento.

De los ocho dibujos sólo uno es simbólico, el del grupo de los molinos, los otros siete corresponden a personas *físicas* como dicen ahora los de Hacienda y el mejor interpretado es Antonio el de las tortas en su cabeza de oligofrénico típico y más manifiesto por su extravismo am-

ANTONIO el de las TORTAS

LA SIRA

bivalente que le deja fuera lo blanco de los ojos alternativamente, como si se fuera buscando en el pensamiento la razón de aquello que tanto repetía de que el señor Bernardo —su padre— era muy listo y decía que a Antonio no había que pegarle porque le faltaba un tornillo, pero a Daniel, a Bernardo y a Vicente no había que consentirles nada.

Contra esta cabeza magistral hay que decir que Antonio era mas bien bajo, como todos ellos, que llevaba blusa larga y lisa y que jamás saltaba porque siempre iba bien cargaíco con una cesta de dos tapas en cada brazo. Era puritico a su madre, hasta en el mirar, siendo el mas chico de la casa. Los demás eran más parecidos al Sr. Bernardo.

La Sira no se parece en nada mas que en las caderas, pero a ella no se le marcaron nunca porque llevaba buen ratico de sayas largas y con amplio vuelo.

Tenía barba efectivamente y otras cosas, pero como las gorduras son diferentes, la de la Sira era propiamente por su distribución, la de un gorrino cebado, con más carrilladas que papada y siempre con la vista baja y tapada como con antojeras para ocultar lo trocado de su mirar. Andaba también como el cerdo, meneando las ancas por las dolencias que corresponden a esa constitución de poca agilidad, por lo que tenía a la Clementa siempre orilla para que le alcanzara las cosas, aunque acabó casi como su tía, arrinconada en la calle Montes, pero muy vividoras todas.

Perico el borracho, miguelete casado con una hermana de Santicos

PERICO EL BORRACHO

"PELECHA"

y vecino de la calle Nueva, no recuerdo que llevara carretilla y le vi casi a diario de bajar a la plaza con el haz de cebollas debajo del brazo. Tampoco le vi con botellas, pues se emborrachaba en las tabernas con el copeo y no bebía mucho porque con poco le bastaba. Era seco, cetrino, ahilado pero no muy alto, con blusa, faja y pantalones de pana con mandil y alpargates blancos en los pies desnudos.

Pelecha, rebajote, sí; cerrado de barba; rebuscador permanente del Paseo de la Estación, de ojos muy pitañosos que apenas se le veían en lo oscuro de su cara, buscador de colillas para fumar dontinuamente y sacador de estercoleros en su época de mayor laboriosidad. Tanto de él como de los demás se tienen publicadas las anécdotas más interesantes de su vida y hasta la fotografía del molino cuando lo hizo habitación y puso de viña todo el cerro con la admiración de la gente de la Cruz.

El mielero, miel, de la rica miel de la Alcarria, ha perdurado mas en Madrid que por aquí y no le habrán faltado ejemplos a Gabriel, aunque eso depende de donde se viva pues el vendedor va donde vende y hace tiempo que se alejaron también de Madrid la mayoria de los vendedores callejeros ambulantes, pero no se si por serme menos conocido encuentro al mielro mejor caracterizado.

Al tio Jorge, el huevero de Villafranca, visitador frecuente de mi casa que ya me gastaba bromas en la calle de Toledo, le conocí bastante y no me lo imagino con borrico mohino, siempre lo llevaba tordo y dudo si sería siempre el mismo.

EL MIELERO

El Tio JORGE
Huevero de Villafranca

Según el carguío llevaba aguaderas o banastas con abundante paja si eran todo huevos. Los animales iban atados sobre la bestia y sus manos libres tirando del ramal, con la vara entre la faja atravesada en los riñones.

Llevaba montera de pellicas de conejo, efectivamente y la calceta de los dineros sujetándose los pantalones por debajo de la faja. Era menos achaparrado de lo que representa la figura, bien parecido y bien plantado dentro de su edad, un buen tipo de villafranquero ambulante que sabía abrirse las puertas y atraerse al personal.

El grupo del molino es una estampa folklórica revestida de solemnidad incompatible con el camino de tierra. Ciertamente, la vista que tiene Alcázar desde el Cerro de San Antón, es de las mejores, pero para visto con naturalidad y sin ir como desde el baile de la boda.

Agradecemos esta magnífica aportación en pro del conocimiento de la vida alcazareña con las mayores esperanzas de que no sea única.

* * *

RUFAO

Se anima la Pascua

Al menos lo parece, aunque no sea mas que en la evocación de las viejas glorias. Solo la evocación, porque va no es fácil que vuelvan aquellos días tan brillantes, tan divertidos tan de fiesta general para toda la población. Ni es tampoco probable que se den idea de lo que fueron la Pascua y el Carnaval alcazareños quienes no lo conocieron. Todo el mundo estaba en la calle y las casas dispuestas para recibir las visitas de felicitaciones a las que había que corresponder con los mejores obsequios durante todo el día. Y por las noches el bullicio era general para acudir a los diversos bailes de máscaras que estaban de bote en bote hasta el amanecer. En los primeros libros de esta obra hay algunos testimonios de lo que fue nuestra Pascua.

Motivo especial de la animación callejera lo eran las estudiantinas, formadas por grupos numerosos de aficionados a la música, bien uniformados y preparados durante meses para alegrar la Pascua desde la hora del café que se hacían presentes en los alrededores de los casinos y pasando a los salones, hasta la hora de la cena que se recogían y preparaban para ir al baile, aquellos bailes que se llamaban de sociedad y tenían el carácter de familiares, con gran celo de la juventud especialmente la de los periódicos locales, porque resplandecieran las buenas costumbres y no se cometiese ningún desliz. Todo el mundo se hacía lenguas y los periódicos con las campanas al vuelo, al acabarse estas fiestas tan abigarradas y multitudinarias sin haberse dado ningún mal ejemplo ni habido desgracias que lamentar, a pesar del enorme derroche de buen humor y el increible consumo de los ambigues.

Las estudiantinas hacían su aparición en los puntos de mayor concurrencia buscando la buena colecta,pero luego recorrían todo el pueblo, si bien el Casino Principal merecía siempre los primeros y los mas prolongados conciertos de los repertorios de cada agrupación. Después el Altozano, el Cristo, el Paseo y sus calles intermedias eran lugares favoritos aunque se dieran vueltas por toda la villa para festejar a las novias o bien por corresponder a las atenciones y obsequios especiales o meramente por lucirse o abrillantar aquel ambiente de sana alegría y diversión de todo el mundo sin reparos ni temores de ninguna clase, porque jamás se cometieron faltas censurables. Y, lo que son las cosas, hasta el mal estado de las calles parecía abrillantar la fiesta con el barro que favorecía las aglomeraciones en las sendas, los saltos y los alardes de los mozos ante las mozas, repretadas en las aceras como las ovejas ante el peligro. Y que frío, con aquellas nevadas y aquellos hielos que no impedían la diversión, porque no hay nada que resista a un buen guiso de gallina con albondiguillas de jamón con peregil y azafrán y una fuente de mantecados con aguardiente. En el Altozano, con tanto barro y tanto frío no se podía la gente rebullir en toda la tarde viendo las máscaras. El paseo que, como lugar de perdición, fue detestado por las gentes de la Villa, lo absorvió todo poco a poco y esto de las máscaras se lo tragó íntegramente dejando solitario al Altozano y vacio el Casino Principal sustituido por la Unión.

Las tribunas que antes se instalaban en la plaza, cuando había Ayuntamiento, se subieron aquí, al rincón de la fuente, con mucho mas bullicio y los cines y el teatro con las guirnaldas y serpentinas y luces deslumbrantes, convirtieron todo el barrio del Cristo en una verbena multicolor y ruidosa como ninguna, que fue motivo de lucimiento para las estudiantinas y de orgullo para la población que atrajo a muchas gentes de la comarca.

Esta estudiantina, salió al año siguiente de la de Meco publicada en el libro anterior, el 1926 y ambas después de la de las cucharas que salió el año 1922 promovida por Sebastián Logroño y está publicada en el libro 13, de Mayo de 1.963. Se la llamó de las cucharas por haberse puesto una de las corrientes de madera, a modo de escarapela, prendida en la cara anterior del sombrero bicornio, a lo Napoleón.

La repetición de este tipo de sombrero demuestra que cayó bien a todos, aunque la cuchara fuera sustituida por otros emblemas menos rústicos y más acordes con las aficiones de los estudiantes. Estos de hoy se pusieron el signo musical de la clave de Sol, pero ofrece la particularidad de que dentro de estar uniformados, cada uno se pone el sombrero como le parece mejor y muchos como si fueran de máscaras y se les hubiera caído desde el tejado. Aquellos de las cucharas como podrán comprobar los coleccionistas de esta obra, *se distinguían ellos entre sí* como primera cuchara, segunda cuchara etc., cosa necesaria porque llevaban docena y media de chicas muy apañadas para cantar y muy vistosamente ataviadas *que dieron el golpe.*

Gran capítulo este de las estudiantinas y rondallas alcazareñas que durante tantos años alegraron nuestras calles, como los chicos con sus juegos. Tocar en las músicas era una obligación complemen-

taria para todo jovenzuelo. Ahora no se oye a nadie de tocar y cantar por las calles ni se ve de jugar a los chicos. Todo está triste o al menos la alegría es menos saludable.

Nazario Román, el bonachón Nazario al que llaman el «oleao» porque lo fue y no sólo él sino otros de su familia con la suerte de que todos se salvaran de la muerte, es el que nos ha facilitado la relación de esta estudiantina que se recuerda como memorable.

Figuran en ella, de arriba abajo y de izquierda a derecha: Caguín, Porfirio Arias, Pablo Villajos, el de la Recentala, Tinguilangue, Teodoro Carpio, Francisco Felipe, el Romanero; Gallina, Carlos Román, Manuel Calcerrada el huertero y Ganao, el hijo de Miguel.
Segunda fila: Nazario Román; Martiniano Moya el pintor; Aureliano Correas, el pocero, hijo de Eusebio, sobrino de la saludadora; José Méndez el panadero; Gregorio Romero, otro hermano de Ganao; Aurelio Vela, el de la del moño grande; Eugenio Arias, el barbero y Luis Román el cabrero.
Tercera fila: Ciriaco Felipe, otro Romanero; Teodoro Tejado, Urban; José Salazar el carpintero; Remigio Díaz, el herrero tuerto de las piedras de Zamora; Carlos Gómez, el de la Dositea; Julián Tejado el otro Urban, hermano de Teodoro; Paquillo el barbero; Jiménez el de ahógate que no respondo; Hermenegildo Monedero el de la calle de la Virgen
Cuarta fila: las panderas. José Carballo, el hermano de Simón el barbero hijo de Vicente el carretero y de la Josefa del Manquillo. Zósimo, el que vendía churros, Zósimo González, hijo de Donato el barbero y de la Ramona de Espinosa; Patricio Izquierdo, Melitón, Francisco Abengózar el Perro, Antonio Mazuecos, Chala; Manuel González, el zapatero y Juanito Rodríguez, el hermano de Emilio el Churrero que ni Dios sabe como no está aquí. Porque tendría que ir a tocar al baile, claro.

Fue tanto el ruido de nuestra Pascua, incomparable, mas que en ninguna parte y de una comprensión tan amplia que sentó el principio de que «en carnaval todo pasa» y nuestro carnaval era la Pascua.

En su celebración se probó el espíritu alcazareño, tolerante y bromístico, como en ninguna otra ocasión del año, incluida la feria que era, según decían, "voces y pasaeras", aunque duraba el mismo número de días

El gentío era inmenso por todas las calles, tanto de día como de noche, desde la Navidad hasta los Inocentes y luego con reactivaciones sonadas en los días del Niño y de Reyes, porque «hasta San Antón Pascuas son».

Las circunstancias de la vida nacional acabaron con la fiesta local, pero era natural que se la echara de menos: las grandes hogueras no se apagan de sopetón ni se extingue el fuego sin dejar rescoldo y el espíritu juvenil, que añoraba la diversión, ideó algunos actos que fueran compatibles con la prohibición de vestirse de máscara y uno de ellos fue esta boda cuya liturgia no se recuerda por qué no se celebraría, como se hubiera celebrado en otras épocas por profanos de buen humor, pero sí se celebró el chocolate tradicional que tomaron en "Casa Paco" en lugar

de en la casa de la novia como antes era de rigor después de los desposorios cuando la boda duraba varios días y nadie se salía de sus casas.

El cortejo de dicha boda, está bien presente en la fotografía que se hizo en el bar de Paco, en la que figuran de arriba abajo y de izquierda a derecha:

Primera fila: Mariano Moreno, Luis Quiralte, Vicente Muñoz (Vichen), Miguel Espadas, Luis Labadía, Abel González, Lope Castellanos, Juanito Carrasco, cuñado de los Barrosos de la fábrica de harinas, Rafael Alvarez el de la farmacia, Purita Díaz Miguel y Rafael Mazuecos.

Segunda fila: Julio Quiralte, Fernando Campillo, Luis Belmonte, Clemente Bonardell, Isidro Gómez, Carmen Sáiz Pardo, Charito Campillo, Felisa Espinosa, Oliverio Carreño, Reinerio Moreno y Aniceto García.

Tercera fila: Elvira Samper, Elvirita Jiménez, Carmencita Sánchez de León, Nieves Romero, una poca careja de Pepe López, Pili Cenjor, Isidro Mínguez, Asunción Bonardell, María Amalia Bascuñana, prima de las de Gómez el Jefe, Polito el del bar del Pilar, Solita García, Rosario Villacañas, Anita Laguna, Margarita Mazuecos, Quetita Moro Alvarez de Lara, Merce Cano, Manoli García Almela y Chuli.

Cuarta fila: Rosita Labadía, Inocenta Vaquero, Merceditas González, Pilar Quiralte, Matilde Cepeda, Isabel Díez Margarita Aparicio y Josefita Mazuecos.

Quinta fila: Mari Alvarez la de la Botica, José María Espadero, Eneda Castellanos, Chari Aparicio y Carmencita Campillo.
Actuaron de novios Solita y Polito.

Esta boda tuvo lugar por el año 1.941 o 42 y al año siguiente para

celebrar el bautizo que lógicamente había que suponer, se reunieron en la P. B. L. como se ve por el telón de retratar.

No debe extrañar que estén casi solas las mujeres porque antes, los hombres se reservaban mucho y sólo iban a los actos que repicaban gordo y a los bautizos nunca ni a los entierrillos tampoco. Iban las mujeres a cumplir y las mocejas a llevar la caja de las asas, porque aquello, según decían, era como el dolor del codo que duele mucho y se pasa pronto. Y al año siguiente otro.

Frente a la cámara de la P. B. L. están en la primera fila Josefita Mazuecos, Polito, Eneda Castellanos, Isidro Mínguez, Carmen Sáiz Pardo Miguel Espadas con pañuelo a lo mujer y Carmen Lizcano, la de Ricardo. Segunda fila: Felisa Espinosa, Pilar Cano, Marili Saludador , Julio Quiralte, Martita Qintanilla, Lina Ortiz, Herminia Espinosa; Isabel Díez y Pilar Flores.

Tercera fila: Enrique Quiralte, Rosita Labadía, Pilar Belmonte, Luis Labadía, Enriqueta Moro, Pilar Quiralte, Manolo García y Pepita Lubián. Cuarta fila: Lucía Lubián, Mercedes González, Conchi Hurtado la del Comandante, Anita Laguna, Pili Cenjor, M. Luisa Hurtado, otra del Comandante, Mari Alvarez y Chuli.

Quinta fila: Elvirita Justo, Carmencita Sánchez de León, Asunción García, Lola Manzaneque y Rosario Villacañas.

Actuaron de padrinos Anita Laguna y Luis Labadía y hubo bateo y echaron confitura y por eso no se murió la criatura, pero la Pascua no tuvo remedio y caducó no sin tener lugar un tercer acto familiar en la fiesta de Reyes del año siguiente para echarle juguetes al niño, retratándose los concurrentes en el corral del Conde con atavíos de pastores, formando tres filas, de arriba abajo y de izquierda a derecha:

Primera fila: Asunción García, Asunción Bonardell, Elvira Samper, Rafa Gómez, Carmen Sáiz Pardo, Pepe López, gallito de la reunión ataviado a lo charro, con sonrisa y mirada picarillas en el mas comedido de sus entusiasmos, Anita Laguna, Quinita Martínez Blanca Martínez y Felisa Espinosa.

Segunda fila: Maruchi Reyes, Isabelita Ruiz Aranda, Elvira Jiménez, Rosario Villacañas, Panchita y Lola Manzaneque.

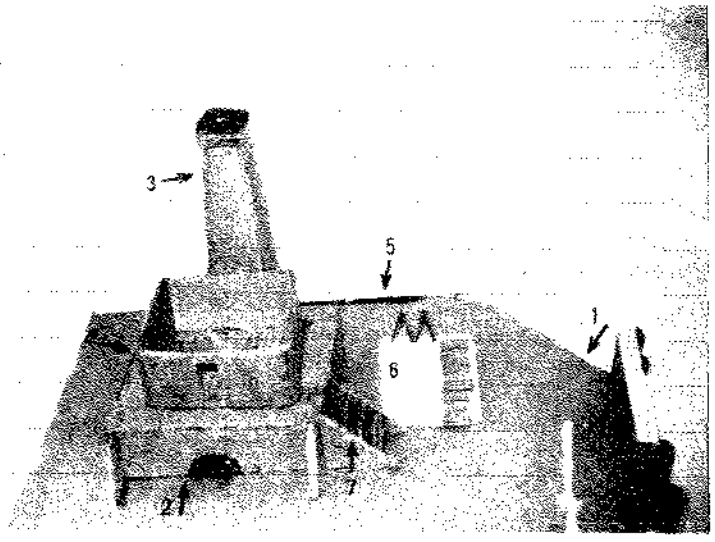
Tercera fila: Chuli, Rosita Labadía, Manoli García, Vicenta Sánchez y Josefina Sánchez de León.

Son cuatro fotografías magníficas que recogidas aquí perdurarán en el recuerdo y que después evocarán las generaciones futuras y se deleitarán en ellas como nos sucede a nosotros ahora con otras de los tiempos pasados. La numerosa concurrencia en cada grupo y lo muy conocido que son todos los harán inolvidables y en los motivos podrán encontrar razones de meditación y estudio de nuestro costumbrismo los futuros investigadores del pasado alcazareño, pues son de hecho una parte importante de la vida local de su tiempo y para quienes lo sepan ver un factor muy significativo cuyo estudio supondrá adelantar no poco en el conocimiento de la Villa en su época. En este sentido hubiera sido importante ampliar este trabajo con detalles demostrativos, pero no todo el mundo tiene la compresión necesaria para considerar el alcance histórico ni aquella humildad imprescindible para considerar con naturalidad las cualidades propias del vivir. Como en tantas otras ocasiones serán los venideros los que concreten el bullir de la vida y sus fundamentos, que es lo importante para conocer al hombre y guiar sus pasos.

El Chimeneón

Nuevas aportaciones para su conocimiento

Julio Maroto, el padre —Julio Maroto Escudero— que aunque no sea maestro podría haberlo sido y por su habilidad haber ejecutado buenos trabajos escolares, ha hecho con cuatro cartones esta maqueta para dar idea de lo que fue el Chimeneón.



1ª—Tierra del pedazo y pozo de servicio.

2ª—Hogar cuyo techo agujereado en forma de criba para que pase el fuego, es el suelo del cocedero que va encima.

3ª—Chimeneón, situado en la parte posterior del hogar, para salida de los humos.

4ª—Horno donde se pone la obra a cocer.

5ª—Cantera de la greda o barrero.

6ª—Era donde se hacían los ladrillos con adoberas y se dejaban a secar.

7ª—Escalerilla para subir la obra desde la era al cocedero.

La parte oscura de la fotografía representa la tierra del pedazo vista desde la carretera de Criptana.

El borde izquierdo de la figura es la linde del paseo de la Estación, en su día únicamente camino del muelle, puesto que la entrada a la es-

tación estaba en el rincón de los pellejeros. El borde derecho es la entrada a la tierra desde el camino, antes de hacer la carretera, en el límite del arroyo de la Mina que empieza al llegar la corriente de las Santanillas a la fábrica de harinas.

El borde de allá, donde al parecer estaba la cantera de la greda, linda con las Bilbaínas y el de aquí con el camino del Campo, frente a las casas del Conde. Y en esa demarcación el horno, formado por una bancada inferior mas grande, que alberga el hogar cuya puerta de entrada, para echar la leña, mira a la carretera, con chimenea para los humos en la parte posterior.

Sobre la techumbre de este hogar, que tiene numerosos agujeros perforándola en forma de criba para que pase el calor de la lumbre, va el horno cuyo suelo es la criba. El horno tiene también una ventana sobre la boca del hogar de la bancada inferior, que se tabica une vez colocada la obra para que no se pierda por allí el calor. La techumbre del cocedero se cubre con cascotes y tierra que abriga muy bien el horno, lo mismo que en todas las alfarerías, caleras o yeserías de su tiempo y de después.

Entre el horno y la puerta de entrada y salida al pedazo, está la era de hacer y secar la obra y a su lado la escalerilla para subirla y enhornar y preparar la cocción.

Su emplazamiento tuvo lugar en el arranque de la carretera del Campo, a la izquierda, frente a las casas del Conde de después, donde terminaba el pueblo en campo abierto y donde al cabo se hicieron el teatro y la casa de Cristóbal. Dos hermanos de corto bigotejo, recuerda Maroto Escudero que vinieron de Madrid, como vino Prast e hizo la bodega que luego fue la Bilbaína, haciendo allí una especie de era para trabajar el barro, que en esta parte del pueblo es gredizo, muy arcilloso, lo que les permitia disponer en su propia tierra, sin siquiera cercar, de barreros o barrancos abundantes y a flor de tierra.

Trabajaban el barro como los alfareros, valiéndose de adoberas de madera, como las demás gentes del pueblo que hacían adobes para sus obras, como yo mismo los hice para mi padre levantar la casa en que ahora vivo, pero para darles mas solidez, tenían que cocerlos y de ahí el chimeneón, que no era tanto como indica su nombre, como pasa con la tinaja de la alfarería de Madrid, que no es para nosotros tanta tinaja como parece al nombrarla como si fuera sola. Debió contribuir al nombre alcazareño el lugar de su emplazamiento por costumbre tradicional como un corralón, pues en Alcázar han existido muchas chimeneas de fábricas, altísimas, bien merecedoras del aumentativo pero a ninguna se lo pusieron genéricamente, a todas les aplicaron el distintivo de su aplicación, la chimenea de la luz, de la Montijana, de la Sopa, etc. Y esta, que sería de las más pequeñas entre las grandes, poco mas o menos que la de cualquier calderín de aguardiente, quedó señalada escuetamente con nombre propio: el Chimeneón; nombre sonoro, retumbante casi y de seguro inexpresivo para cuantos pasan ahora inadvertidamente por el lugar de su emplazamiento y que demuestra el acierto de los nombres populares, como lo son los motes mismos.

A pesar de los trabajos de aquellos hermanos, dice Maroto Escudero que la vida pobre de entonces no permitía que se consumiera la produc-

ción hecha únicamente por ellos y tuvieron que abandonar su empresa perdiéndose su recuerdo en los albores del siglo actual.

Lo que ha sido después la evolución de este terreno está a la vista y reseñados sus principios en diversos puntos de esta obra.

El Chimeneón o por mejor decir sus terrenos que era lo que se quería indicar al nombrarlo después de quitada la industria, pasaron a manos de Quinica y de Marica el Mono, únicamente la Benigna hizo las dos casas que existen en la parte del paseo que después heredó Marcelo Ortega, el maquinista, el resto lo construyó Cristóbal y todo ello, mas o menos, continua en poder de los sucesores de estas familias.

Pepe Cayuela fue el último guardián de estos terrenos y bebedor sempiterno de las *cortinas* del Siro, antes que las construcciones hicieran desaparecer el famoso alcacel.

Por cuando humeaba el Chimeneón que lo hacía en abundancia según Maroto porque quemaban con paja, se hizo la fonda de Orsini, cuya casa se conserva dividida y las casas de Chapas, —Diego Serna— el maquinista en la calle del Horno antes de llegar a la de Marto el barbero. Le vendrían muy bien al Chimeneón las anchuras que tenía a pesar de lo cual humearía bastante como los hornos de yeso de Juan el Mueso y el tío Canillas que oscurecían el barrio con el humo del albardín. A poco de aquello vino Rafael Ballester con su industria de azulejos que puso varias notas de brillo valenciano en esa demarcación, primero en la calle del Cuartel, a continuación de Orsini y luego en la carretera, antes de Julio Carrero.

Esta aportación de Julio Maroto Escudero, tan estimable por su valor intrínseco como por el elevado grado de ilusión con que la realiza, nos plantea diversas cuestiones fundamentales, discrepantes de todo lo publicado sobre el tema a lo largo de esta obra y en especial en los fascículos 21, 23 y 33, en los que siempre se ha considerado que el chimeneón fuera una fábrica de *barrilla* —(salicón)— para sacar sosa y hacer jabón, en cuyo caso lo instalado hubiera sido una caldera, como en las salitrerías de los Sitios, en vez de un horno para cocer piezas de barro que Alcázar los tuvo en las calles de la Virgen y Toledo por el mismo tiempo.

El deseo de dejar bien sentada para siempre esta cuestión, aunque se pueda discurrir sobre sus detalles, nos hizo recurrir a la bondad y reconocido espíritu alcazareño de Alfredo Rodríguez, para que nos diera noticia concreta de las inscripciones de estos terrenos en el Registro de la Propiedad.

No ignorábamos el trabajo que habría de costarle, pero sabíamos también a quien se lo pedíamos y sus cualidades de espíritu servicial y de gran interes por el pueblo desde la época de su padre y aquellos llamados «culos de hierro» que fueron Jesús Vaquero, Joaquín Soubriet y Narciso Vázquez, los cuatro escribientes del Registro que gozaron durante toda la vida de la confianza del vecindario por su bondad, por su formalidad,

por su constancia y por su competencia, cualidades que personifica Alfredo y que no ha perdido un solo momento el Registro alcazareño.

Gracias a esas cualidades tan nobles que enaltecen a las personas hasta el punto de no mirar el sacrificio de mover montañas de papel en el tiempo que se necesite sin mas finalidad que la de servir el interés público, se ha podido saber que los terrenos que nos ocupan se inscribieron como "una posesión o establecimiento para fabricar barrilla artificial, con todas sus cercas, hornos, chimeneón, edificios, naves, terrenos adyacentes, maquinaria y demás accesorios, situada a la salida de la Villa, que linda por Saliente, Serranilla del Gran Prior, Mediodía, el camino que desde la calle de las Huertas va a Campo de Criptana, Poniente, el Paseo del muelle de la estación del Ferrocarril y la misma Estación, y Norte casas de Don Juan Alvarez Guerra. El terreno de la fábrica de ocho mil varas, formó parte de una posesión consistente en dos huertas corrientes agrupadas, con tres pozos; situadas a la salida de la Villa por la calle de las Huertas que lindaba al Saliente con Mariano Correas, mediodía tierras del secuestro de Don Sebastián, Poniente las afueras del pueblo y Norte Paseo del Camino Real que conduce a la Estación del Ferrocarril.

Don Juan de Ortega, en calidad de Director Gerente de la Sociedad "La Mancha Industrial", la vendió a Don Cenón Catarineo y Don Francisco Domingo Lluch por 50.000 reales en fecha de 28 de Abril de 1.864. En 1.867 Don Cenón le cedió su mitad a Don Francisco Domingo Lluch. Dueño este señor de la totalidad y por su fallecimiento el año 1.868, la heredó su hijo Don Francisco Domingo Catarineo.

Este señor hizo varias segregaciones, entre ellas la de las casas de la Benigna a nombre de su marido Domingo Delgado Barrios, quedando el resto de la finca descrito así: trozo de terreno que fue Fábrica de Barrilla artificial, a la derecha del camino de la Estación del Ferrocarril de 2.911 m² linda por saliente Juan Serrano, mediodía carretera que se dirige a Campo de Criptana, Poniente Paseo de la Estación y Norte de Domingo Delgado y herederos de Don Julián Prast.

Don Francisco Domingo Catarineo vendió dicho resto a Don Francisco y Don Francisco Antonio Paniagua Morales, por precio de tres mil pesetas en fecha de 23 de Julio de 1.896. La mitad de Francisco Antonio la heredó su viuda Doña Vicenta Navarro Quiralte.

Don Francisco Paniagua Morales y Doña Vicenta Navarro Quiralte, dueños por mitad, la vendieron a Don Cristóbal Cenjor Pantoja en precio de tres mil pesetas el 30 de Enero de 1.900.

En el fondo de la inscripción, describiendo la finca vendida a los hermanos Paniagua Morales, se dice que las ruinas de la fábrica de barrilla artificial y su chimeneón, fueron demolidos; con lo que ya se conoce aproximadamente la fecha de desaparición de la famosa chimenea, cuyo destino no parece necesitar más justificaciones, pero sí puntualizar algunas cuestiones que eviten la fragilidad de la memoria. Para mí ha

sido una sorpresa que Quinica tuviera un hermano y mucho mas que se llamara como él, Francisco y Francisco Antonio, pues siempre creí que Quinica y Oliva eran primos hermanos y que los Olivas estaban mucho mas ramificados como lo están efectivamente, aparte de las ramas de la Cobeta, pero esto no ofrece dudas, eran hermanos y entre los dos compraron el chimeneón, aunque después lo vendieran Francisco y la hermana Vicenta como heredera de Francisco Antonio, su marido.

Otros detalles me agradaría concretar al hilo de las magníficas puntualizaciones o por lo menos dar motivo a que otros lo hagan. Al decir Maroto que los de los ladrillos vinieron de Madrid pense y dije que mas bien serían valencianos por ser industria levantina. Alfredo dice que Don Cenón Catarineo Pujols era vecino de Alcalá de Henares y Don Francisco Domingo Lluch vecino de Madrid. Así sería pero los apellidos son netamente valencianos, vivan donde vivan. Y hay mas, este don Cenón me suena mucho como de haberle encontrado metido en obras numerosas en la calle Nueva cuando se hizo porque me era raro el tal nombre en Alcázar y siento no saber donde buscar los detalles de aquella actuación, que pudo formar parte de lo del Chimeneón. El sucesor de ambos. Francisco Domingo Catarineo, de 51 años vendedor del Chimeneón a los Paniaguas, estaba aquí accidentalmente pero era vecino de Madrid y empleado en el Banco de España.

Nada de lo reseñado desmiente cuanto se dijo en los libros anteriores fiado en los recuerdos propios y en los de las personas curiosas que nos precedieron en el mundo. En nuestro libro 21 hay una serie de conjeturas que son fundamentales para este trabajo de hoy, incluso con fotografías de Quinica y de quien llevó el sobrenombre de El Chimeneón, sobrino de la hermana Vicenta y cuñado de Cristóbal. Pero todavía hay más en el libro 23 que al tratar del terreno vendido por el Conde para hacer la carretera, el Alcalde Don Antonio Castillo, dijo estar, "frente a la fábrica de barrilla" y después la comisión habla de la calle que ha de quedar frente a la fábrica de barrilla que también se hace al darle las alineaciones a Don Julián Pantoja para la manzana de casas, que iba a construir el Conde y que ahí están.

Lo de que primitivamente fueran de Don Juan Alvarez Guerra todos esos terrenos, de Alvarez Guerra y Peña, el padre, no se puede afirmar ni negar pero si se puede decir que es lo mas probable por haber sido de su propiedad casi todo el Paseo y la calle de las Huertas y porque las casas fueron idénticas las de una acera y la otra, hechas para dos vecinos cada una, cosa que todavía puede identificar cualquier conocedor, y en esta misma aportación de Alfredo se dice que todo el terreno entre el muelle de la Estación y la carretera tenían cinco hectáreas y media y Don Juan fue copropietario hasta última hora a pesar de todas las segregaciones y tanto él como Catarineo pleitearon con el Ayuntamiento considerándose propietarios de los pozos con los que el municipio quería regar los árboles al hacerse el paseo, detalles que figuran en otras informaciones tomadas de las actas municipales.

* * *

Gracias al amor filial de Isabel Lucas, su sobrina, de cuando en cuando me vienen testimonios de la Juliana, documentos, objetos o enseres domésticos acreditativos de sus cuidados, de su celo, de su esmero. Ahora me manda, encontrados casualmente, sin ir a buscarlos, un abaniquillo diminuto, recuerdo del centenario de Cristóbal Colón del año 1.892, el anterior al de mi nacimiento, en estado impecable. Medallones de bronce de gran peso de la boda de Alfonso XII con María Cristina el 29 de noviembre de 1.879 en la basílica de Atocha, esta con inscripción de J. A. Córdoba que era su tío, Candeales, mas diversas tarjetas y estampas de recuerdos familiares. De estas separo dos que firma Luciano, por el interés de ser él,él P. Luciano Menasalvas.— quien la escribe.

La primera representa la Puerta del Sol tomada desde la carrera de San Jerónimo y sin fecha, pero con claridad veraniega, de mañana y con los balcones del mediodía entoldados, con todas las líneas de tranvías y jardineras existentes antes de poner las paralelas en la línea del 17, (Vallecas-Cuatro Caminos), *luego ahí le anda la fecha antes de la* guerra del 14.

La otra tarjeta, también dirigida a Gregorio Galán a la calle de la Trinidad, la escribe entera Luciano y les dice a sus tíos Gregorio y Francisca: «Después de saludaros es mi objeto felicitar a Gregorio por el día de su santo y me parece que en este día no dejará el ama de bajar temprano a la plaza y se llevará un pollete o un conejito para arreglarlo con arroz en memoria del día. Que así sea y que el Señor os conceda muchos años de vida para poderlo celebrar. Vuestro sobrino Luciano». Nadie dudará de que es un alcazareño el que habla y lo hace en una postal que representa el gabinete de física de las escuelas pías de San Antón de las que era profesor.

Con estas tarjetas guardaba la Juliana un informe médico publicado por alguna firma comercial y anotado al margen, de su puño y letra, dice: "tengo 26 estampas — 16 de Julio de 1.931 — Juliana.

El tal informe sobre los ensayos que realizaban con los salicilatos de bismuto y cerio nos recuerda los nombres de los médicos mas prestigiosos de su época y por lo que se refiere a Madrid los de Cortezo, Huertas, Hergueta, Castelo, Valenzuela, Rivera y otros de tanto renombre que sorprende se hayan olvidado tan absolutamente.

La Juliana no tenía ni podía tener conocimientos de estos ensayos y es seguro que guardaría el papel por el *renombre de los médicos que* tanto transcendía pero ¡qué tristeza de las glorias humanas, pues ahora parecen que no han existido!.

Pedro Arias y Heliodoro Sánchez

La ley de las rachas no solo es efectiva sino que es de las que se cumplen a rajatabla, lo mismo las malas que las buenas y la de ahora, que es de las que enloquecen, se ha llevado a estos dos alcazareños por lo pronto. Ha sucedido lo natural porque se juntaban mucho y a mí me han dejado turalato, cosa difícil de comprender para el mundo, porque sin vernos nunca hablábamos mentalmente casi a diario de lo que hacíamos y de lo que pensábamos, cosa manifiesta en cuanto las circunstancias nos ponían en comunicación, que salían a torrentes las ideas y los pensamientos que se habían ido teniendo en la soledad de cada uno, esa soledad misteriosa de la vejez, nutrida de desengaños y de tristezas inexplicables para los demás.

La *rebolá* de Cayetano, explicada en el libro anterior, se cumplió otra vez con la rigurosidad de una cabañuela, se arremolinó el aire, cegó la calle y se llevó a estos dos alcazareños que durante toda la vida no dejaron de pensar ni un solo día, entremedias de sus trabajos, en la prosperidad de la Villa, en sus faltas y en sus remedios. Prácticamente habían salido envenenados o sensibilizados desde la cuna, porque desde chicos de la escuela estuvieron actuando en la vida pública y representaron funciones directivas antes de ser hombres, porque la gente era así y cuando había un chico que despuntaba se congraciaba en verlo volar, como si estuvieran echando una cometa, como le pasó a Emilio Paniagua que apenas publicó dos artículos en la HOJA PARLANTE ya estaba en el Ayuntamiento haciendo gala de los más puros rasgos galdosianos.

No es que la población haya de sentirlos mucho, aparte del agradecimiento que se les debe, porque en realidad habían dado de sí todo lo que podían y se habían quedado hechos paja, por lo que han hecho muy bien en morirse, tanto mas cuanto que quienes puedan necesitar su parecer o tomar su consejo lo seguirán teniendo aunque estén en la Altomira en lugar de en el Arenal o en Santa María.

Es imposible dejar de pensar en ellos como ya se ha dicho de otros, de muertos igual que de vivos, porque estás escribiendo como si hablaras y te preguntas a tí mismo qué le parecería a Pedro y como lo sabes cambias de pensamiento. Y lo mismo de Heliodoro, citado en todos los libros por lo gráfico de sus expresiones que te vienen a la mente y las escribes como las diría Heliodoro.

Este fenómeno seguirá produciéndose sin pensarlo y ya se verá porque para mí, que no los veía mas que cuando ellos querían, es igual que estén en un sitio que en otro y seguiré contando con ellos y recibiendo la influencia de sus pensamientos y diciendo las cosas que dirían ellos sin equivocarme ni un pelo, pero Alcázar ha perdido dos de los mejores y más vigilantes hijos, de los que sentían las funciones públicas desde la infancia y como nunca los habían dejado de parar, poseían una nutrida experiencia que suplía con ventaja las enseñanzas librescas de

que carecían y que es precisamente lo mas difícil de adquirir, lo que mas cuesta, porque cuesta la vida misma.

Estas muertes me dejan una gran amargura, la de que ellos que tanto sabían de la vida, tenían una gran confianza en mí y que no pude evitarles ni un solo dolor ni un solo pesar y que tal vez fuera por eso, su último desengaño y les entraran mas ganas de morirse despreciando la inutilidad de todo lo del mundo.

Gran tristeza la del médico viejo, saturado de escepticismo que ha de ver desfilar por delante y perderse en la eternidad, a todas las personas que encarnaron los mas leales sentimientos de confianza y lo dejan rumiando la soledad.

EL ARCO DE LA PLAZA

Una vez mas y las que se necesiten, evocamos el recuerdo del arco porque sigue sin aparecer.

Ahora, con motivo de hacer la maqueta del chimeneón, cuya fotografía se publica en otro lugar de este libro, Julio Maroto, el padre, se animó tanto que hizo un arco precioso, pero no le fue fiel el recuerdo y no se parecía al nuestro cosa bien lamentable en tanto que aparece la fotografía que debe estar olvidada en algun rincón.

El chimeneón desapareció mucho antes que el arco. Por este pasé miles de veces para ir y volver a los sitios y del chimeneón no recuerdo nada de cuanto era tierra de labor, aunque sí todo lo de después, a pesar de haberme criado en este barrio y haber asistido a la mayoría de los acontecimientos desde antes de la inauguración del casino de Cristóbal, al que conocía mucho por haber vivido con la tonelería y un frontón de jugar a la pelota en la casa que ahora se hunde enfrente de la clínica, que era de su propiedad y conserva las puertas y muchos detalles que él le colocó.

Gran hombre Cristóbal, activo y emprendedor como pocos que luchó contra la pobreza y la venció, como a muchas circunstancias adversas, con los puños bien cerrados y royéndose los dientes, que al fin fueron la causa de su muerte.

SUCEDIDO

Cuando Crisantos el de la tía Martina estaba tocando el violón, iba Emilio a pedirle dineros y Crisantos, siguiendo el compás, decía:

—Anda, chico, vete con tu madre, anda, chico, vete con tu madre, y le apretaba fuerte al bordón para cortar la canción.

Escuela de don Demetrio

El recuerdo de la escuela es tan entrañable y tan inolvidable para todos que aunque van publicadas muchas nos parecen pocas y no dudamos en incluir este grupo de la de Don Demetrio, tal como nos la manda el chico de Emilio, al que corresponde íntegramente el trabajo.

El colegio se llamaba de San José pero se le conocía como la escuela de Don Demetrio y dice Emiliete:

"El día de San José, no era fiesta de precepto, —por los años veinte— ni mucho menos laboral. Los únicos que hacían fiesta eran los carpinteros y ebanistas, el "gremio de las virutas", que se iban a la huerta de Farola o "de las Mañanas", a comerse la «sartená» de carne.

En lo social, tampoco había guateques, ni la elegancia social del regalo, todo lo demás alguna bandeja de pasteles en casa de los Pepes y Josefinas

La fiesta principal de este día, era la velada teatral del colegio de San José. Con la hoguera y cohetes la noche antes. Este colegio, estuvo primero, en las casas del Conde junto al paso a nivel de Criptana. Después en el local de Benito Ubeda, cuando era un edificio de una solo planta, junto al Casino de la Unión, que hacía un gran constraste de edificación. Y luego pasó a la esquina de José Antonio y la Avda. de Criptana, que ahora es un solar en espera de que edifiquen. Ya lleva cuatro años, así.

Había casi 100 alumnos, y a base de sainetes y piezas sueltas, con otros números de música, don Demetrio seleccionaba y conjuntaba a los alumnos, y se pasaba muy entretenida, cada noche de las respectivas fiestas que duraron hasta el año 1.928, Pues al siguiente, Don Demetrio, marchó de párroco a San Lorenzo de Calatrava.

Todos los teatros, empezaban con una pequeña asamblea de discursos y poesías, en que don Demetrio, decía el discurso principal, y era entonces cuando avanzaba a las candilejas su pequeña y simpática figura para dirigir la palabra al auditorio, cuando estallaba la ovación grande y clamorosa, con que este pueblo un año tras otro, le refrendaba su admiración, por su gran obra cultural de enseñanza. Ya que aunque no tuviera título de maestro, sus métodos de enseñanza primaria eran muy firmes y eficaces.

Periódicamente, don Demetrio retrataba a los distintos cursos de alumnos. Haciendo él mismo las fotografias, en lo que poseía una gran práctica. ¡A la vista está, la muestra!.

Con objeto de hacer más viable la adquisición de las fotos para las familias, conjuntaba a los hermanos aunque fueran de distintas secciones, como se comprobará por los apellidos repetidos de esta foto que fué hecha en junio de 1.924.

Empezando por arriba y de izquierda a derecha:

Germán López Sendino (el hijo de Lino) Manolo Paniagua (hijo de Felipe el carpintero) Manolo González, que fue el director de la Orquesta Iberia, Excelio Gómez Comino, el de Manuel Tocinillo, Alfredo Carrero, hijo de Julio, nieto del médico don José Carrero, Manolo Tejero, hijo de

Antonio el maquinista. Emiliete Paniagua (El chico de Emilio); Alfredo Vaquero (hijo de Ventura) y el que sería luego un gran comerciante, Oliverio Carreño.

Segunda fila: El adulto que destaca, era un albañil de la Roda (Albacete) que había venido analfabeto total para ingresar en la Renfe, que entonces se llamaba Madrid Zaragoza y Alicante. Trabajaba de madrugada, estudiaba por las mañanas, volvía al trabajo por la tarde y asistía a la clase de adultos por la noche. Sigue Rafael Matute (hijo del comisario de Policía don José) Candelas Huertas (hijo de un estacionista) Crescenciano Hervás (hijo del herrero Juan Pedro) Manolo Abellán hijo de un camarero del Restaurant de Pecker) Luis Carrero. Domingo Delgado (de Pablillo el maquinista) Pedro Díaz, el más pequeño de todos los Díaz ferroviarios, Antonio Rodero, (su padre trabajaba en el Banco Español de Crédito) y si decimos que era de Valdepeñas, va se demuestra por el apellido. Termina con Manolo Romero, (hijo de Reyes Brocha).

Tercera fila: sentados, Fructuoso Romero (hijo de Victoriano), Abel González Martín Chaves (el dibujante Chaves), Manolo Gómez Comino (practicante), Antonio Ortega Beamud (el de Victoriano el Viejo), Angel Avilés Comino (el de la calle la Victoria), Anulfo Paniagua (el de Eusebio Quinica) y Rafael Avilés.

Cuarta fila: Antonio Huertas (hermano de Candelas), Gabriel Córdoba (fallecido recientemente en Valencia), Pacorro Paniagua, Eusebio Paniagua Comino (casado con la hija de la Saludadora), y Adete Romero López (también de Victoriano Brocha).

Algunos chicos, llevan los baberos o guardapolvos negros, dimanante de los rigurosos lutos, que se mostraban en aquella época.

Don Demetrio estuvo luego en Guadálmez, cuando la Guerra Civil se vino a su pueblo Villacañas, hallando trágica muerte en Septiembre de 1.936.

Pobreza y riqueza

Son dos cuestiones que gozan de amplia y no muy tranquila actualidad.

Nuestro pueblo y su comarca ofrecen buenos ejemplos para todo ello. Tanto los pueblos como las personas que los forman, con elevaciones y descensos bien sencillos y claros de lo que se necesita. Nuestra tierra es poco productiva, es pobre pero agradecida, hay que trabajarla y responde como todo lo que se cultiva sin escatimar el esfuerzo, pues, no hay nada que se resista a la voluntad del hombre que persevera en su propósito.

A su debido tiempo se dio cuenta del "Panorama económico de La Mancha" publicado por el Banco de Bilbao, acontecimiento que debía reputarse feliz por lo poco frecuente que es entre nosotros que aparezcan trabajos de esa naturaleza.

Ahora nos sirve de gran satisfacción dar cuenta de otro importante trabajo de la misma clase, publicado por el P. Juan Martín de Nicolás, ilustre quintanareño, investigador tenaz y encariñado como pocos con todo lo de La Mancha.

Su trabajo se titula "La estructura empresarial manchega" y está publicado en los cuadernos de estudios manchegos.

Está entramado con el trabajo anterior, como es natural que suceda, sin que eso le quite mérito, sino que da firmeza y solidez a sus puntos de vista, con la curiosa y amplia información de épocas posadas, sobre todo de las observaciones de Medrano Treviño, que no solo entrevió sino que vió claro el camino que podría mejorar nuestra economía y aún hacerla próspera, que es el de trabajar, porque no hay otro ni lo habrá, pero cuánto bien hace la mano amorosa que desempolva esas publicaciones y nos las enseña para que comprendamos por donde nos conviene ir.

Las consideraciones de Medrano han debido proporcionar a Martín de Nicolás una muy íntima satisfacción y la cosa no es para menos con los acertados juicios formulados por el gran manchego, de cuya mano, el propio Martín de Nicolás nos lleva hacia los mejores aprovechamientos de nuestros recursos y sentimos que se haya conformado con poner de manifiesto algunas de las condiciones relevantes de su pueblo, sin ahondar en sus cualidades étnicas que tal vez las justifiquen. La oportunidad única, que es el pié forzado y el obligado te veas, constituye un factor impulsivo excepcional para el hombre que se resiste a perecer, pero el hombre de otro temple, absorvido por la fatalidad, sería arrastrado por la corriente.

No es probable que la prosperidad comercial quintanareña se deba únicamente a la escasez de tierra de labor, cuya salida inmediata es la emigración y mucho más fácil que obstinarse en crear industrias en esas condiciones de pobreza.

El quintanareño emigró algo y en la actualidad mas que nunca, pero a comerciar, a negociar y donde llegó o sigue llegando, no se deja achicar fácilmente, recoge el fruto de la tierra pero no la trabaja, no busca la tierra en sí. Las condiciones emprendedoras del quintanareño son admirables y en algunos casos asombrosas y no estaría

mal resaltarlas, conformes con el escrito de Martín de Nicolás, para extenderlas por toda la comarca, pero no, hay algo más, algo en virtud de lo cual a sus mismas puertas la gente vecina sigue arando con toda tranquilidad y habrá que bendecir la hora en que no lo deje, pero ¿por qué emigra el quintanareño ahora? ¿Ha perdido quilates su temple? ¿Pierde la raza sus cualidades?.

Los casos aislados aunque ejemplares, como el del Pegamento y que los muebles de Sonseca se gasten en los Estados Unidos y en el Japón y lo mismo del Valle de Alcudia que ya no es el Valle, son acontecimientos de otro estilo y otra condición, pero lo del Quintanar es como lo de Fuente Ovejuna, de entre todos, con algunos otros puntos de por ahí que la desaparición del ilustrado médico de la Mota, Don Antoliano Castellano, nos ha impedido penetrar.

En general, nuestros pueblos han aprovechado bien sus recursos naturales y mientras les fue posible o útil pero las circunstancias de la vida o la escasez, no permitieron una prosperidad extraordinaria e impidieron la continuidad.

En los tiempos que escribía Medrano Treviño, Alcázar y Tembleque poseían una increíble explotación del salitre y Alcázar una gran fábrica del Estado que absorvía toda la producción para la fabricación de pólvora. Muchos vecinos e incluso señores del Priorato, tuvieron desde mucho tiempo antes ayuda para su vida en las calderas y campos de las salitrerias y lo mismo con la barrilla a partir del salicón, para hacer jabón que los arrieros alcazareños llevaban hasta Barcelona y otros puntos lejanos con riesgo y pérdida de sus vidas por la inseguridad de los caminos.

Los yeseros de Alcázar han constituido una clase extraordinaria muy rústica, pero de una fortaleza y una constancia insuperable, tanto para hacer el yeso como para distribuirlo por toda la comarca. El Tomelloso entero, que es de construcción reciente, está hecho con yeso de Alcázar, cuyos carros amanecían en su plaza todas las mañanas, a 30 Kilómetros de distancia, después de haber trabajado todo el día anterior, y con bien escasos elementos de transporte y malos atalajes. Y eso ha durado hasta que el sistema de construcción ha cambiado el yeso por el cemento. El Romeral ha tenido y no se si la tiene todavía una buena explotación yesera y también por la zona del Provencio y El Pedernoso las ha habido.

En la misma forma pero en menor escala se ha explotado la cal, a la que deben nuestros pueblos la fama de blancura y nuestras mujeres la de limpias, lograda por adecuada utilización de los elementos de nuestro suelo. No se carece ahora de yeso ni de cal, pero van desapareciendo sustituidos por otros materiales.

Las bastorras tinajas de El Toboso, de las que se conservan ejemplos en la casa de Doña Dulcinea, fueron reemplazadas por las gigantescas de Villarrobledo cuando la extensión del viñedo exigía mayor capacidad de elaboración y de almacenaje. Fue un fenómeno de competencia comercial, como el de Colmenar, y por la misma razón sucumbió Villarrobledo, vencedor de la anterior etapa, ante las tinajas de cemento y sobre todo ante la necesidad de grandes estanques cuyo peso no hubiera resistido ninguna clase de barro.

Otras industrias hay en la región, como las hoces de La Solana y la metalurgia, de Riopar en franca decadencia que demuestran las dificultades que implican las transformaciones y se las ve extinguirse durante años y años. Los navajeros de Santa Cruz y de Albacete, vivirán mal pero vivirán al pie de la bigornia hasta su desaparición, como los tinajeros de El Toboso, por haber completado su ciclo vital, pues si los tinajeros hubieran hecho otras labores de barro les hubiera sucedido lo que a las cantareras de la Mota y los cacharreros de Consuegra y Villafranca, por no hablar mas que de los nuestros y hubieran sucumbido todos a la vez. ¿Qué ellos mismos podían haber hecho los tanques?. No, el oficio de alfarero es difícil y de largo aprendizaje, inadaptable al cemento. El alfarero trabaja acariciando el barro. No puede llegar a la tosquedad del albañil que lo aplasta.

El manchego le ha sacado a su suelo todo lo que ha podido, pero lo que tenía era tierra y de ella se sirvió según el veteado de su estructura y con tierra hizo su casa, de adobes y tapial y la cubrió con las pajas de sus aguadizos, con las que también quemó las piedras para deshidratarlas y hacer el yeso y la cal, aprovechando hasta lo último sus posibilidades.

Con su tierra hizo los cacharros que necesitaba en su hogar y las tejas para cubrir su vivienda y coció los adobes haciendo ladrillos que en Santa Cruz y Villafranca alcanzaron importancia industrial.

Tal vez donde hasta ahora no ha estado el manchego a la altura debida sea en la crianza y conservación de sus vinos, a pesar de que en Alcázar tuvo un ejemplo selecto que se extendió a las Pueblas con las bodegas del Marqués de Mudela.

Los migueletes y herencianos se sirvieron como nadie de la rudimentaria noria para surtir de hortalizas a todos los pueblos de la zona con no menores fatigas que las de los yeseros alcazareños.

Y en paragón con Quintanar, tenemos a Villafranca de los Caballeros con unas dotes de introducción mercantil o gitaneo ambulante envidiables. Rara será la plaza por la que no ande algún villafranquero con su carga de especias, pues están acostumbrados a salir de su pueblo con una cajita de azafrán y llegar a Tarifa andando y vendiendo por el camino y volver a Villafranca con azafrán y con dinero, que se dice pronto.

En la "ambulancia" el villafranquero ha hecho a pluma y a pelo, no se ha dejado nada por andar ni le ha dado miedo vadear las corrientes mas impetuosas, pues en la guerra decían que algunos se habían dedicado a pasar jamones de una zona a otra. No es corriente en el manchego una tal audacia utilitaria, aunque le sean muy propias las fantasías deslumbrantes. Hay algo allí también que se sale de la regla, algún factor que hace al hombre caminante y buscador sin sacar la raíz de su rodal, algo que está sin aclarar y que debemos esperar que los hombres tan preparados y con mentes tan esclarecidas como la del P. Juan Martín de Nicolás, nos lo den a conocer cuando se lo permita la madurez del asunto. Reciba entre tanto, con el agradecimiento debido, la mas cordial y efusiva felicitación.

Aportación inesperada

Se trata de una composición poética descriptiva de Alcázar, hecha hace medio siglo, como bien se nota en el texto, por un mocete que andaba requiriendo de amores a su actual esposa, la chica mayor de Apolinar Torrego, el de las vacas.

No es la primera vez que Antonio Coloma aparece en éstas páginas y alguna con trazos tan fuertes como el de aquel curandero de Jijona amén de otros trabajos de especial brillantez laureados justamente

Obsérvese como veía nuestro pueblo aquel chico levantino dando vueltas por la plaza esperando a la novia, pues entonces había que esperar, afortunadamente, porque con eso crecía el afán.

ALCAZAR DE SAN JUAN

Alcázar, lagar y arado,
fecunda gleba marrón.

Junto al extenso poblado,
la trepidante estación.

Fondas, tabernas y bares
a dos pasos del andén.

Viajantes y militares
que van a cambiar de tren.

Al encuentro del que llega
va la calle Castelar,
tan alegre y tan manchega,
abierta de par en par.

Sobre una anchurosa plaza
un mercadillo improvisa.

(El que ha de hacer, por la traza,
no le corre mucha prisa).

Gente austera de Castilla,
esquiva a la moda intrusa;
el "hermano" con su blusa,
la "hermana" con su toquilla.

Descendientes del buen Panza,
siempre en la boca el refrán,
sin otro afán ni esperanza
que la tierra y su labranza
para conquistar el pan.

Alcázar, vetusta y seria,
triste de campanería.

Torre de Santa Quiteria,
torre de Santa María.

Cimeras alcazareñas
que saludan a lo lejos;
que dejaron las cigüeñas
y disfrutan los vencejos.

Mañanita llevadera,
tarde infinita y callada,
de paz tan sólo turbada
por la estruendosa galera
y la grave campanada.

Si la noche lo consiente,
vuelve la vida a triunfar.

Y sube y baja la gente
por la calle Castelar.

A. C.

Las Cabañuelas
o
Tiempo probable

Emilio Paniagua que, además de ser nuestro mejor cronista, va cotejando desde chico los más insignificantes detalles de la vida local, lo que quiere decir que es muy observador y recuerda bien los sucedidos, nos aporta las cabañuelas del año 1.955 hechas por Víctor Castellanos, aquel vecino de la calle de Santa María que se pudo fotografiar en la viña un día de vendimia y publicarlo en el libro sexto.

Era muy común esta observación y muchos los cabañuelistas cuando no existían los hombres del tiempo y los nuestros estaban mas pegados a la vida sana y solemne del campo, al aire libre o amparados en la poca protección de la quinteria.

El campo manchego es de horizontes dilatados, inmensos, hasta perderse de vista, como el mar, pero de tierra, como el desierto lo es de arena. Son extensísimas las zonas en las que no se ve ningún relieve natural y el hombre, curvado sobre la esteva del arado, parece un garabato o la lagartija de un relámpago en días de ventisca y nube cercana hecho a tenerse firme en el suelo por ineludible necesidad.

Ese hombre, curtido por las inclemencias de toda índole, aguanta todos los cambios, pero los vislumbra a mil leguas y a poco espabilado que sea, la repetición de los fenómenos atmosféricos le hacen relacionarlos y deducir las consecuencias naturales, de donde han salido infinidad de refranes referentes al tiempo y surgieron también las cabañuelas que no son suposiciones tan fantásticas como podría creerse aunque algunas veces dejen de cumplirse porque ¿qué cosa habrá en la vida que no falle?, pero el buen gañán, hecho a otear el horizonte cada vez que se detiene en la besana y a escuchar todos los ruidos y las alteraciones que le traen los aires, no se equivoca para deducir el tiempo probable de cada día y con observaciones mas extensas el de cada año que incluso llega a relacionar con sus propias heleras.

El pastor, mas desocupado que el gañán, es por esa razón mucho más cachazudo y observador, temático y machacón, como formado por el acompasado son de las cencerrillas en la rumia de las ovejas. Descansando en su garrota o hundiendo sus plantas pausadamente en los surcos o en los lomos, no pierde detalle que alcance su vista en el lejano horizonte.

Los comienzos del año, con el deseo de saber lo que dará de sí, se prestan mucho a estos análisis y a otros como el de echar los eneros.

Las cabañuelas se calculan por lo que suceda los doce primeros días del año aplicándolos al orden numérico de los meses.

Otros hacen las cabañuelas para el año siguiente por el estado del tiempo en los primeros 24 días del mes de Agosto, de los días 12, 18 y 24 de dicho mes.

Víctor se regía por los doce primeros dias de Enero y ese año 1.955 predijo que en Febrero, hasta mediados habría lluvias y hacia el 20 aire del poniente. Hubo dos días de aire cierzo y lo demás resultó exacto.

MARZO: Del 15 al 22 lluvias con aire ábrego. Y anota Emilio, acertado. Solano y dias de aire frío.

ABRIL: Agua en Semana Santa. El 15 aparato de nubes con algún trueno. Buena temperatura y aire del poniente. No hubo agua la Semana Santa, pero se dió el aparato de nubes, con buena temperatura y aire del poniente.

MAYO: Lluvias en la primera semana. El 12 cambio del aire al norte y del 20 en adelante al poniente. Salió todo confuso.

JUNIO: Desde el 12 en adelante aparato de tormentas y en la semana final aires cambiados de norte a poniente. Antes y después del 12 hubo tormentas y acertó en los aires.

JULIO: Tiempo tranquilo, aire ábrego a mediados, cambia al norte y por el 20 se pone ábrego. Todo salió bien.

AGOSTO: Lluvias segurísimas del 1 al 10 algunas nubes al final con aire del poniente. ¡Sí! dice Emilio alborozado. Exacto. Aire del saliente.

SEPTIEMBRE: Primera quincena tranquila y la segunda con algunas lluvias. De acuerdo. Todo verdad.

OCTUBRE: Posibles aguaceros periódicos. Interrupción de la vendimia por el agua. Buena temperatura. Llovió pero menos. Al final sí.

NOVIEMBRE: A primeros lluvias. Del 10 al 20 tiempo tranquilo .Hasta el 30 tiempo blando de aguaceros. También. Sí. Bueno.

DICIEMBRE: Hasta el 10 tiempo claro. El 30 nublados con lluvias. Al final buenos de lluvias y granizo, pero por lo visto no granizó. Siguió el viento racheado y ráfagas de lluvia arrastrada por él, pero no es mucho equivocarse, ¿eh?.

Los quintos y la pascua

Los quintos de cada año, mucho más aburridos y menos brillantes cada vez, empezaban a manifestarse con mas anticipación, tomándolo como pretexto supremo para divertirse a su manera, contando con la indulgencia de los vecinos para tolerarles animaladas, ya que iban a entrar en quintas y Dios supiera lo que les podría ocurrir por ahí.

Por estos tiempos ya no se esperaba a San Sebastián, el 20 de Enero, porque entonces se celebraba de veras en su día, sino que en los bailes de la Pascua y por las calles con las máscaras, ya se juntaban las pandillas de quintos para darse a conocer.

La publicada en el libro anterior que fue la de Cándido Meco correspondiente al año 1.922 y esta del 1.923 que nos manda Emilio Paniagua, publicada por TIERRA MANCHEGA en el último año de su existencia, porque la dictadura la barrió, como barrió la Conjunción Administrativa, cuyas doctrinas netamente alcazareñas defendía, fueron probablemente las últimas quintas de quintear fuerte, aunque no tanto como en los años anteriores, sobre todo durante la alcaldía de Estrella que fueron los mas ruidosos.

Alcázar, tolerante en todo, lo fue con los quintos en grado superlativo, incluso con la honra, en lo que dió una gran prueba de su ecuanimidad, porque no se alteró la vida de nadie por lo que se dijera o se cantara y cada uno satisfizo sus ilusiones o llevó su cruz como si no hubiera pasado nada pareciendo mas bien que fuera pura broma, como los cantares de las cencerradas que los mismos novios estimulaban y se divertían sin que aquello afectara a su honorabilidad ni a su posición en ningún sentido.

En el sorteo de este año, celebrado el 18 de Febrero de 1.923, entraron los mozos siguientes, con la suerte que podrá ver el que leyere.

Agustín Vaquero Ramos, el 64
Abel Camacho Pérez-Pastor, el 2
Antonio Marchante Ortega, el 134
Alfonso Molina Valdepeñas, el 117
Antonio Guillén Leal, el 122 Zahori
Agustín Racionero Cencerrado, el 119
Antonio Cortés Alberca, el 102
Argimiro B. Martínez Cortés, el 32
Antonio Marcos de León Castellanos, el 82
Antonio Barrilero Vaquero, el 127
Atilano Muela Sánchez, el 48
Antonio Aparicio Vidal, el 70
Alejandro Ramos Villajos, el 37
Angel Velasco Ramos, el 22
Avelino Nieto Fernández, el 30 hermano de Saturio
Antonio García Martínez, el 96
Antonio Parcja Vaquero, 107
Angel Collado Sáez, el 17
Antonio Montealegre Chocano, el 128

Benigno Ramiro Ortega, el 81
Bartolomé Ramos Romero, el 86
Baudilio Huertas Romero, el 13
Blas Izquierdo Paniagua, el 84
Benito Carrasco Murillo, el 124
Bernardo J. Rosillo Santiago, el 8
Bonifacio Maldonado Sanz, el 60
Baldomero A. Ortega Huertas, el 57
Canuto Cárdenas Horcajada, el 62
César Pedrero Pérez, el 93
Casildo Leal Ortíz, el 40
Cesáreo Huertas Monedero, el 10
Constantino Leal Carretero, el 141
Constantino Alonso Meco, el 45
Cesáreo Serrano Carrazón (Timbulin), el 72
Dionisio Castellanos Román, el 120
Demetrio G. Motos Ramírez, el 47
Daniel Buedo Sevilla, el 118
Demófilo Rubio Alarcos, el 103
Diego G.ª Baquero Blanco, el 5
Diego Abad Alhambra, el 74
Dionisio Angulo Nohales, el 22
Esteban Lorente Meco, el 52
Enrique Samper Arias, el 139
Eusebio Peinado Jaime, el 43
Emilio Pérez García, el 99
Emilio Arias Lizano, el 58
Eulogio Rivas Escribano, el 101
Eulalio Lizano Rebato, 140
Eusebio M. Campo Pérez, el 31
Esteban Pablo Arias Blanco, el 126
Fortunato Monge Leal, el 52
Florentino Ropero Ramiro, el 25
Francisco Mazuecos Ramos, el 97
Francisco Pedrero Camacho, el 125
Francisco A. Carrascosa Barrios, 98
Felipe Navarro de la Cruz, el 21
Francisco Parrilla Jiménez, el 1
Felipe Izquierdo Pintor, el 46
Francisco Ruiz Miñano, el 90
Francisco Arias Zarco, el 9
Francisco A. Latorre González, 78
Gumersindo Alberca Montoya, el 16
Gustavo Rivilla Cruz, el 106
Guillermo Cano Pintado, el 41
Hipólito Palomares Rivas, el 69
Hipólito Ruiz Castellanos, el 61
Hilario Oliva Móstoles, el 59
Isaac Carrascosa González, el 67
Isidoro Gutiérrez Alvarez, el 11
José María Leal Galán, el 18
Jesús Córdoba Campo, el 36
Juan Gualberto Oñate Ruiz, el 29
Juan José Carrión Carrión, el 133
Julio Heredia Martínez, el 15
Juan Requena Arjona, el 75
Juan José Gallardo Pérez, el 24
José A. Abengózar Sánchez, el 129
José García Torres, el 120
Julio Andrés Pliego Rubio, el 114
Juan Pablo Rincón Orea, el 68
Julián Augusto Angora Peñuela, el 14
Jesús Villajos Vaquero, el 42
Julián Olivares Sánchez, el 55
Jesús Castellanos Monreal, el 54
José Ramiro García, el 112
Julián Ramiro Alvárez, el 113
Jesús Cárdenas Castellanos, el 4
José Sánchez Cruzado García, el 94
Juan Francisco Rivas Ramírez, el 35
Julián Lizcano Campo, 72
José Cortés Pozo, el 51
Juan José Ortíz Pascual, el 65
José María Utrilla Abengózar, el 34
Julio Pérez Guzmán, el 116
Luis Morales Monreal, el 80
Laurentino Santiago Barrilero, el 44
Leoncio Alcañiz Román, el 142
Leopoldo Nieto Comas, el 77
Matías Barrejón Lizcano, el 6
Maximino Muñoz Pliego, el 50
Manuel Pozo Arias, el 12
Manuel Zúñiga Sierra, el 115

Mariano Romero Sánchez, el 84
Manuel R. de Liébana Vaquero, el 68
Mariano Monreal Lizcano, el 38
Manuel Sánchez Mateos Leal, el 123
Manuel Castillo Ramos, el 27
Miguel Morales Navarro, el 91
Miguel Lluch Linares, el 63
Miguel Olivares Donati, el 20
Melquiades Poveda Rodríguez, el 89
Nicolás Abengózar Morollón, el 71
Pedro Ramos Pozo, el 108
Pablo Mazuecos Lizcano, el 56
Pedro Romero Muñoz, el 73
Reyes Meco Sánchez, el 102
Rafael Muñoz Muñoz, el 111
Rufo Rivas Monedero, el 7
Ricardo López García, el 49
Restituto García Chicote, el 92
Ramón Megía Medina, el 138
Ramón Sanz Robles, el 132
Saturnino Molina Carretero, el 39
Saturnino Cencerrado Lizano, el 125
Serapio Morales Rubio, el 95
Sebastián Ramos Galán, el 105
Sérvulo Núñez Castellanos, el 131
Sebastián Ramos Campo, el 110
Sebastián Cuenca Sáez, el 28
Santiago Soler Abad, el 26
Saturnino J. Bonardell Castillo, el 121
Tobías Meco de la Guía, el 127
Tomás Alvarez Moreno, el 126
Teófilo Fernández Paniagua, el 76
Teófilo Patiño Serrano, el 82
Vidal Muñoz Zarco, el 19
Victoriano Romero Vaquero, el 3
Venancio Calcerrada Tejera, el 85
Vicente Carmona Moreno, el 33
Valentín Goldaráz Campo, el 100
Zacarías M. Tejado Mazuecos, el 109

REMACHE

El trabajo sobre Nicanor Pérez publicado en el libro anterior lo han comentado varios y a Nicolás, el ingeniero de los Elías de El Romeral, le han hecho recordar que una vez se paró el tren en Villacañas. Se bajaron dos lilleros y se quedó arriba otro. Cuando hay un parón de estos siempre dan ganas de apearse a ver que pasa. Al poco llegaron y el que se quedó arriba les preguntó:

—¿Habeis arreglado ya la máquina?

Contestación de los otros:

—Si, con este «gramante».

Si no llegan a llevar el «gramante» en el bolsillo no pueden continuar el viaje, porque al poco rato arrancó el tren.

De ahí la gran utilidad de las previsiones de Nicanor, aunque fuera como un borrico con aguaderas, incomparablemente superior a esos bolsitos de plástico que ahora llaman «mariconeras», que también ha sido ocurrencia la de ponerle el nombrecito.

Y otra cosa, que como en esos bolsitos no se llevan «gramantes» muchas veces no andará el tren cuando se pare.

Sucedido

En Rebata, cuando era de la Niña y se segaba en gordo estaba de mayordomo Juan Mayo (Juan Quiralte Arias) que montaba un caballo llamado Cucala de fina estampa.

Fue a ver los segadores que eran una cuadrilla de treinta que venían de Murcia todos los años con su caporal llamado tío Jerónimo, de mucho respeto y obediente.

Cuando llegó al haza le dice al tío Jerónimo:

—Miaque va guarro el rastrojo.

Y uno de los segadores llamado Curro soltó una interjección diciendo que desde el caballo se segaba bien.

Se apeó Juan del caballo, diciendo al tío Jerónimo:

—Déjeme ustud la hoz que voy a demostrarle al Curro como se siega. Y dirigiéndose al Curro le dice tira por el surco que voy ahora.

Salió el Curro segando y Juan se puso a liar un pito con el tío Jerónimo y cuando lo encendió se fue detrás del Curro que llevaba un buen rato segando y antes de llegar a media besana le iba dando con la *maná* en el culo y le dijo:

—Para que veas que lo mismo siego desde el caballo que cogiendo el haz.

Desde entonces, cada vez que llegaba decían todos:

—Anda Curro que ahí está el del caballo, dile que desde ahí se siega bien.

Cantarcillo

De los que se oían en la fragua del tío Elías en El Romeral para alegrar a las mozas que cruzaban la plaza y acompañados o seguidos del machaqueo en el yunque formando musiquilla:

Si me gusta la herrera,
es por que tiene,
delante la tobera,
detrás el fuelle.

Si la letrilla se desliza en algún baile y se pica la gente, salta la moza:

Un herrero muy tiznado,
me afreció su corazón,
no es posible que en mi fragua
él caliente su espetón.

LUIS CARABINA

Que no era Carabina aunque todo el mundo se lo decía por la mujer, la Pura de Carabina, con la que aparece en la fotografía, la hija mayor del hermano José María, renombrada personalidad del siglo anterior y popularizada por el cantarcillo aquel de:

—«¿Donde vas con esa mantellina?
—A la boda del tío Carabina»

Luis era el hijo mayor del tío Pedro, el herrero del Arenal, hermano de Esteban, de Flores y de Canana, el de las tortas, el mas parecido a su padre según quiero recordar. Su nombre era Luis López y la cosa no era para tanto como para cambiarle el nombre por el de ella, pero en los pueblos se dan estos casos de nombres conyugales, como en los de los títulos nobilarios, en los que se llega a olvidar el apellido, que es lo mas propio de cada uno y hasta el mismo interesado, deformado por la costumbre, atiende mejor por lo que se le pega que por lo de su propiedad y estos hermanos corrieron todos la misma suerte, a Luis le decían Carabina, a Flores, el de la Marchana, a Ceferino, Canana, el de las tortas y a Esteban, que se alejó menos, el de la bodega de Bonifacio. Todos eran hijos del tío Pedro el herrero del Arenal y todos machacaron bien aunque todos lo abandonaron por la pobreza del oficio en aquel entonces.

Luis se posesionó bien del cambio y demostró su capacidad y ponderación en todo caso, haciéndose, no un señor que hubiera sido lo de menos, sino un hombre bueno, de peso y de asiento, que hacía sombra en la localidad, como en el mismo retrato se vé y dió a la carabinería un realce que tal vez no hubiera tenido sin él.

Depósito Legal C. R. 83 - 1961

Imp. VDA. DE MOISES MATA
Primo de Rivera, 6
Alcázar de San Juan - 1977